

## Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018)

Teniendo previsto para el último tema de nuestro curso 2017-2018 el tema 9, la “Vocación a la santidad”, providencialmente fue publicada la exhortación apostólica del papa Francisco sobre esta cuestión de la santidad en el mundo actual. Dejamos así el tema 9 para su publicación con el resto de los temas de este año y abordamos a continuación este documento. En las páginas siguientes se recoge un amplio resumen de la exhortación en los puntos de mayor interés sin glosa alguna por nuestra parte. Habrá algún punto, eso sí, en el que responderemos a ciertas cuestiones presentes directa o indirectamente en el documento para su mejor comprensión. Estas últimas aclaraciones irán enmarcadas para distinguirlas claramente del texto de la exhortación apostólica.

**GAUDETE ET EXSULTATE:** 1. La llamada a la santidad. 2. Los enemigos de la santidad 3. A la luz del Maestro 4 En el mundo actual 9.5. Combate, vigilancia y discernimiento

### 1. La llamada a la santidad

1. «Alegraos y regocijaos» (*Mt* 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, la llamada a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (*Gn* 17,1).

2. (...) Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (*Ef* 1,4).

3. En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que «corramos, con constancia, en la carrera que nos toca» (12,1). Allí se habla de Abraham, de Sara, de Moisés, de Gedeón y de varios más (cf. 11,1-12,3) y sobre todo se nos invita a reconocer que tenemos «una nube tan ingente de testigos» (12,1) que nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 *Tm* 1,5). Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.

4. Los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y comunión. Lo atestigua el libro del Apocalipsis cuando habla de los mártires que interceden: «Vi debajo del altar las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían. Y gritaban con voz potente: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia?”» (6,9-10). Podemos decir que «estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios [...] No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce» (Benedicto XVI, *Homilía en el solemne inicio del ministerio petrino* (24 abril 2005): AAS 97 (2005), 708).

10. ... lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo la llamada a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, esa llamada que te dirige también a ti: «Sed santos, porque yo soy santo» (*Lv* 11,45; cf. *1 P* 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor,

cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11).

11. «Cada uno por su camino», dice el Concilio (...) Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino (...) y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio» (Hans U. von Balthasar, “Teología y santidad”, en *Communio* 6 (1987), 489). De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su *Cántico Espiritual*, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche «según su modo» (*Cántico Espiritual B*, Prólogo, 2). Porque la vida divina se comunica «a unos en una manera y a otros en otra» (*Cántico Espiritual B*, XIV-XV, 2).

13. Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irreplicable que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (*Jr* 1,5).

14. Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra...

15. Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. *Ga* 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (*Is* 61,10).

16. Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso.

**Lo grande en lo pequeño. Lo alto y sublime en lo ordinario. La búsqueda de las cosas de arriba (Col 3, 1)**

“Un espíritu como el de Íñigo, naturalmente ambicioso, fuerte y recio, apasionado y valiente, ardiente y generoso, ávido de cosas grandes y ajeno a toda mediocridad o ruindad, habría de encontrar gusto en la vida de Cristo y en la de los santos, suscitando en él el deseo de imitar esas “heroicidades” en las que nunca había pensado antes (...) volviendo a su conversión, Dios se sirvió para ella de la lectura de dos libros religiosos que había en la casa: *La vida de Cristo* del cartujo Ludolfo de Sajonia y el *Flos sanctorum* (un arreglo de la *Legenda aurea* que recogía hechos de los santos). Puede decirse que lo que empezó como un puro entretenimiento en la enfermedad muy pronto fue cautivando su atención. Y es que las hazañas de los santos, esas cosas difíciles y graves que hacían por Cristo, se le antojaban a Íñigo como grandes gestas muy dignas de imitar. El caso es que en la elección de unas u otras, las mundanas o las divinas, descubrió el efecto tan dispar que producían en su alma (...) Y de ahí pasaría a aspirar a obras grandes no ya por su vanagloria sino por la gloria de Dios” (Tema 1, *En todo amar y servir*, pág. 1)

Se nos ha dicho hasta la saciedad que alma que asciende hace ascender. Que el alma enamorada de Dios sabe encontrarse con Él en todo, haciendo de lo ordinario algo extraordinario. Los santos han santificado lo ordinario sin rebajar las exigencias de la santidad, sin hacer ordinaria, trivial o banal la santidad. Todos los santos han vivido heroicamente sus vidas (virtudes heroicas), residiendo en ello su atractivo y fascinación. En ellos vemos el triunfo de Cristo. Han sabido transformar sus vidas dejando a Cristo vivir en ellos (Gal 2, 20) a través de una armoniosa y espléndida conjunción de gracia y libertad. No hay nada mediocre o tibio en ellos. Los griegos buscaban la excelencia y virtud para lograr la vida buena y en ello creían que residía la felicidad. Para los cristianos, la santidad es perfección (*sed perfectos como vuestro padre celestial lo es*, Mt 5, 48), algo extraño al pequeño burgués moderno. Los santos, como los justos del Antiguo Testamento, dan grima, suelen ser juzgados por los tibios como peligrosos fanáticos. Pero son ellos, los santos, los que, llenos de Dios, son capaces de transformar el mundo, de llevarlo a Dios. Nunca entendieron que el camino fuera el de ajustarse al mundo sino, justo lo contrario, el de su conversión. Los santos no se conformaron con ser buenos, buscaron ser perfectos. No creyeron que el camino fuera rebajar el listón o ajustarse al espíritu de los tiempos. Buscaron las cosas de allá arriba, apuntaron alto y alcanzaron a Cristo, *dieron a la caza alcance*. Las almas grandes de los santos, como la de san Ignacio, lo quisieron todo, no se contentaron con menos que con todo y con ese espíritu de generosidad y grandeza lo perdieron todo a fin de alcanzarlo todo. Así pues, a lo que nos invita el papa Francisco en este punto es a considerar cómo la vida ordinaria puede ir haciéndose algo extraordinario, la divinización del hombre que penetra en todas sus acciones y que va transformando el mundo.

17. A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia «para que participemos de su santidad» (Hb 12,10). Otras veces solo se trata de encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos: «Hay inspiraciones que tienden solamente a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida» (S. Francisco de Sales, *Tratado del amor a Dios*, VIII, 11). Cuando el Cardenal Francisco Javier Nguyễn van Thuân estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue «vivir el momento presente colmándolo de

amor»; y el modo como se concretaba esto era: «Aprovecho las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria» (*Cinco panes y dos peces*).

19. Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio.

20. Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor. La contemplación de estos misterios, como proponía san Ignacio de Loyola, nos orienta a hacerlos carne en nuestras opciones y actitudes (EE nn. 102-312). Porque «todo en la vida de Jesús es signo de su misterio» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, CIC, 515), «toda la vida de Cristo es Revelación del Padre» (CIC 516), «toda la vida de Cristo es misterio de Redención» (CIC 517), «toda la vida de Cristo es misterio de Recapitulación» (CIC 518), y «todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en él y que él lo viva en nosotros» (CIC 521).

21. El designio del Padre es Cristo, y nosotros en él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque «la santidad no es sino la caridad plenamente vivida» (Benedicto XVI, *Catechesis*, 13 abril 2011). Por lo tanto, «la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya» (*Ibid.*). Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo.

24. ... Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá (...) con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina.

25. Como no puedes entender a Cristo sin el reino que él vino a traer, tu propia misión es inseparable de la construcción de ese reino: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Tu identificación con Cristo y sus deseos, implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos. Cristo mismo quiere vivirlo contigo, en todos los esfuerzos o renunciaciones que implique, y también en las alegrías y en la fecundidad que te ofrezca. Por lo tanto, no te santificarás sin entregarte en cuerpo y alma para dar lo mejor de ti en ese empeño.

26. No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión.

27. ¿Acaso el Espíritu Santo puede lanzarnos a cumplir una misión y al mismo tiempo pedirnos que escapemos de ella, o que evitemos entregarnos totalmente para preservar la paz interior? Sin embargo, a veces tenemos la tentación de relegar la entrega pastoral o el compromiso en el mundo a un lugar secundario, como si fueran «distracciones» en el camino de la santificación y de la paz interior.

29. Esto no implica despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios. Al contrario. Porque las constantes novedades de los recursos tecnológicos, el atractivo de los viajes, las innumerables ofertas para el consumo, a veces no dejan espacios vacíos donde resuene la voz de Dios. Todo se llena de palabras, de disfrutes epidérmicos y de ruidos con una velocidad siempre mayor. Allí no reina la alegría sino la insatisfacción de quien no sabe para qué vive.

31. Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación.

32. No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad...

34. No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos» (*La mujer pobre*, II, 27).

## 2. Enemigos de la santidad

35. En este marco, quiero llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías que surgieron en los primeros siglos cristianos, pero que siguen teniendo alarmante actualidad. Aun hoy los corazones de muchos cristianos, quizá sin darse cuenta, se dejan seducir por estas propuestas engañosas. En ellas se expresa un inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica. Veamos estas dos formas de seguridad doctrinal o disciplinaria que dan lugar «a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente» (*Evangelii gaudium*, 94).

### El gnosticismo actual

¿Quiénes fueron los **gnósticos**? Si *gnosis* es conocimiento, los *gnósticos* son “los que conocen”. En los primeros siglos de la Iglesia los gnósticos heréticos despreciaban, por un lado, la carne o el cuerpo como imperfección y limitación del conocimiento y creían, por otra, poder recibir una iluminación especial de la mente dando lugar a una clase de conocimiento, compuesto por un conjunto de doctrinas extrañas al mensaje evangélico, que era el que salvaba. San Ireneo fue quien articuló la defensa de la fe cristiana contra

ellos en los cinco tomos de su *Adversus haereses*. Lo malo de esa *gnosis*, de esos gnósticos, fue poner la salvación en el solo conocimiento de unas doctrinas heterodoxas, no en la necesidad para el cristiano del conocimiento de la Verdad que es Cristo o en la iluminación recibida el día del bautismo (luz recibida del Cirio pascual).

Pero entonces, ¿acaso **son malos el conocimiento y la razón? ¿Hay que desconfiar de ellos?** Dios es Logos. La segunda persona de la Santísima Trinidad es la Palabra, el Verbo, el Logos, la Razón. Dios creó al hombre a imagen y semejanza suya, provisto de inteligencia y de voluntad para poder comunicarse con él. Despreciar la razón es tanto como despreciar a su Creador. Si fuimos dotados de razón y voluntad fue porque Dios quiso y quiere tener una relación personal con los hombres en la que debe intervenir el hombre entero con todo cuanto es y tiene, con sus afectos, deseos, todas sus potencias y capacidades, con su voluntad y, también, con su inteligencia, con su razón. Así pues sin razón no hay comunicación con Dios que lleve a la comunión, sin razón no hay encuentro personal que valga, no hay relación ni diálogo alguno de la criatura con su Creador. La conciencia del hombre, súbdita y soberana, es el lugar privilegiado donde escuchar la voz de Dios. Para nosotros, católicos, la naturaleza humana, la razón, quedó herida como consecuencia del pecado original, pero no corrompida. La gracia puede curar y elevar (*gratia sanans et elevans*) esa naturaleza y razón herida. Juan Pablo II habló de la razón y de la fe como de las dos alas necesarias para la contemplación de la verdad en su Encíclica *Fides et Ratio*. Y Benedicto XVI dedicó a esta importante cuestión de la defensa de la fe y de la razón tres magníficos discursos en Ratisbona, Westminster y la Sapienza. Lo católico siempre es unir, siempre es la cópula “*et, y*”, no la disyuntiva “*aut, o*”. Lo católico siempre ha sido defender la existencia de la verdad, esa adecuación de la realidad a la inteligencia, y de la Verdad que es Cristo, así como de la capacidad de la razón humana, curada de su herida por la gracia de Cristo y elevada, de hallar esas verdades-Verdad, y de adherirse a ellas-Ella una vez encontradas. Es el sano optimismo antropológico y epistemológico que ha acompañado a la Iglesia católica desde siempre. Esto no supone creer que la razón limitada y finita del hombre pueda agotar el misterio de Dios, pero sí que está llamada a entrar en ese misterio (puede y debe hacerlo): este es el sentido de la filosofía y de la teología, a través de la razón y de la fe. Es importante que así se haga porque la vía del amor exige conocimiento, sólo se conoce lo que se ama. Si san Juan nos dice que Él nos amó primero y se dio a conocer, san Ignacio pide el conocimiento interno de Cristo para más amarle y seguirle. No es católico ni el racionalismo ilustrado de la razón autónoma y autosuficiente de la modernidad que excluye la fe, ni el fideísmo que desprecia y excluye la razón. Entre quienes recelan de la razón, en mayor o menor medida, se han ido situando diversas corrientes por motivos distintos: el emotivismo religioso; el escepticismo o relativismo religioso; la antropología teológica de Lutero; o la teología política y de la liberación.

El **emotivismo e inmanentismo religioso** desprecia la razón no creyéndola capaz de acceder a Dios y privilegiando el camino del sentimiento irracional. Convencidos de la incapacidad de las ideas o de la razón para la conversión, todos los esfuerzos se centran en las vivencias o testimonios de vida, cuanto más íntimos y emotivos mejor. Se trata de movimientos que potencian las emociones, poniendo a las personas en situaciones límite en las que por distintas vías se busca una respuesta sensible y emotiva que las lleve a un estadio de euforia en el que la razón está ausente. Si en la historia de las religiones se encuentran ejemplos de búsqueda de dioses a través del consumo de ciertas sustancias que hagan entrar en trance a las personas como el peyote o la ayahuasca, también se puede sacar al hombre de sí a través de la hábil manipulación de sus resortes

más íntimos, alterando sus emociones por la vía de testimonios extraordinarios, trágicos o dramáticos, felices o maravillosos, por someterles a dosis intensas de afectividad por parte de personas desconocidas que dicen y muestran un cariño y calor inusuales al que no se está acostumbrado, por un control y atención desmedida hacia uno, todo ello en un contexto en el que se alteran horarios y costumbres, se conduce a ciegas a las personas, y se va creando una sensación de pertenencia grupal a algo extraordinario o muy especial en el que todos participan por igual, algo oculto a otros bajo la ley del arcano, lo que acentúa la sensación de sentirse singulares, únicos; al final, esa euforia de unos se va contagiando extáticamente (*éxtasis*, salida de sí) a los demás hasta llegar al llanto y de ahí pasar al júbilo desbordante. El problema es que sin razón no hay encuentro personal con Dios. Es la razón la que garantiza el espacio de libertad necesario para evitar sutiles manipulaciones, para escuchar la voz de Dios y para poder responderle personalmente.

El **escepticismo o relativismo religioso** niega abierta o encubiertamente la existencia de verdades absolutas, considera que la verdad es tan rica que no puede ser aprehendida en un concepto o idea y que el hombre no debiera pretender hacerlo. Por ello se presenta la duda como la mejor herramienta para acercarse a Dios y, desde la duda, se condena la convicción, la certeza. El escéptico y relativista cree que es una aberración mantener ideas firmes, transmitir convicciones sólidas. Se considera, por un lado, que Dios no puede entrar y alterar las cosas si se le encierra en la certeza, es decir, que se está confinando a Dios en una idea o concepto sin respetar su trascendencia, y, por otro lado, que esto (la posibilidad de hallar y defender certezas) demuestra una soberbia, en quien así lo hace, absolutamente intolerable y ajena a la verdadera humildad del hombre siempre en búsqueda. Para estas tesis escépticas o relativistas es mejor permanecer instalados en una calculada ambigüedad, sin resolver dudas, al contrario, alimentándolas con propuestas “originales”, con el silencio calculado, disfrazado de falsa humildad, y sin la emisión de juicios que pudieran zanjar las cuestiones que se desean abiertas.

**Lutero** también despreció la razón a la que consideró la ramera del diablo y frente a la razón defendió la fe, la *sola fe*. La naturaleza humana había quedado corrompida tras el pecado original, no herida, y así no se podía esperar mucho de la razón, más bien nada, toda la metafísica tomista cayó de golpe sin la analogía, sin la idea de participación del ser, sin el principio de finalidad. Ese desprecio de la razón sigue presente, con ciertos matices tras la experiencia dramática del III Reich, en la teología protestante y en muchas conductas dentro y fuera de la Iglesia católica.

Para las **corrientes marxistas o de filosofía política y teología de liberación**, en sus diversas manifestaciones históricas y geográficas (desde la teología política a la teología de la liberación, la teología de lo indígena o la del pueblo), la acción es superior a la idea o doctrina, esto es, la ortopraxis prima sobre la ortodoxia. De lo que se trata es de *hacer* más que de *ser*. No se entiende que el obrar siga al ser. Centrados en la acción, los partidarios de estas tesis miran con recelo a la metafísica aristotélico-tomista como una estructura alienante igual que el derecho o la teología. Así es, el canon y el dogma, del mismo modo que la propiedad privada y la economía burguesa capitalista, el matrimonio y la familia, la Iglesia o el Ejército, son superestructuras de poder que imponen de arriba abajo códigos de conducta. En contra de todo este aparato se presenta ahora la acción pastoral como el agente liberalizador, una pastoral emancipada y emancipadora que no sigue ya a la teología o al derecho de la Iglesia, sino a lo que se les presenta como el bien de las almas. En esta sensibilidad, presente dentro y fuera de

la Iglesia católica, la razón especulativa es despreciada y la razón operativa o práctica ensalzada, aunque claro, una razón en la que no está presente la *recta ratio* clásica. Para el prejuicio ideológico de estas tesis, los teólogos y canonistas viven en su mundo descarnado de las Facultades, cultivando el estudio como elemento de seguridad y de poder frente a los pobres desposeídos de esa riqueza que ellos tienen; permanecen envueltos en premisas teóricas, en silogismos impersonales, sin la presencia de rostros humanos a los que servir; son insensibles ante el dolor o sufrimiento de los hombres, en especial de los pobres que más sufren, por la sencilla razón, así dicen ellos, que no salen de sus despachos, no pisan las calles, no atienden a las almas y desconocen sus dolores, sus inquietudes, sus sueños; parapetados en la verdad, la lanzan sin piedad contra las vidas rotas de los hombres.

¿Hay **oposición entre la razón y la caridad**? Vemos en Jesucristo el Verbo encarnado la unión entre razón y caridad. Dios es Razón y Dios es Caridad. Quien nos revela el amor de Dios y la verdad-razón de Dios es Cristo, el Verbo encarnado y su Corazón. El horno ardiente de caridad que es el Corazón de Cristo es la revelación del amor del Padre, del amor ordenado. Así pues, buscar y amar la Verdad desde la razón es entrar en *la amistad del hombre con Dios* que es como Santo Tomás definía la caridad. De nuevo aquí la cúpula católica que une frente a la disyuntiva que separa y que Benedicto XVI quiso superar con la última de sus encíclicas *Caritas in veritate* (2009).

36. El gnosticismo supone «una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos» (*Evangelii gaudium*, 94).

*Una mente sin Dios y sin carne*

37. Gracias a Dios, a lo largo de la historia de la Iglesia quedó muy claro que lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, no la cantidad de datos y conocimientos que acumulen. Los «gnósticos» tienen una confusión en este punto, y juzgan a los demás según la capacidad que tengan de comprender la profundidad de determinadas doctrinas. Conciben una mente sin encarnación, incapaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los otros, encorsetada en una enciclopedia de abstracciones. Al descarnar el misterio finalmente prefieren «un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo».

38. En definitiva, se trata de una superficialidad vanidosa: mucho movimiento en la superficie de la mente, pero no se mueve ni se conmueve la profundidad del pensamiento. Sin embargo, logra subyugar a algunos con una fascinación engañosa, porque el equilibrio gnóstico es formal y supuestamente aséptico, y puede asumir el aspecto de una cierta armonía o de un orden que lo abarca todo.

39. Pero estemos atentos. No me refiero a los racionalistas enemigos de la fe cristiana. Esto puede ocurrir dentro de la Iglesia, tanto en los laicos de las parroquias como en quienes enseñan filosofía o teología en centros de formación. Porque también es propio de los gnósticos creer que con sus explicaciones ellos pueden hacer perfectamente comprensible toda la fe y todo el Evangelio. Absolutizan sus propias teorías y obligan a los demás a someterse a los razonamientos que ellos usan. Una cosa es un sano y humilde uso de la razón para reflexionar sobre la enseñanza teológica y moral del



Evangelio; otra es pretender reducir la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo.

*Una doctrina sin misterio*

40. El gnosticismo es una de las peores ideologías, ya que, al mismo tiempo que exalta indebidamente el conocimiento o una determinada experiencia, considera que su propia visión de la realidad es la perfección. Así, quizá sin advertirlo, esta ideología se alimenta a sí misma y se encefalea aún más. A veces se vuelve especialmente engañosa cuando se disfraza de una espiritualidad desencarnada. Porque el gnosticismo «por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio», tanto el misterio de Dios y de su gracia, como el misterio de la vida de los demás.

41. Cuando alguien tiene respuestas a todas las preguntas, demuestra que no está en un sano camino y es posible que sea un falso profeta, que usa la religión en beneficio propio, al servicio de sus elucubraciones psicológicas y mentales. Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo quiere todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios.

42. Tampoco se puede pretender definir dónde no está Dios, porque él está misteriosamente en la vida de toda persona, está en la vida de cada uno como él quiere, y no podemos negarlo con nuestras supuestas certezas. Aun cuando la existencia de alguien haya sido un desastre, aun cuando lo veamos destruido por los vicios o las adicciones, Dios está en su vida. Si nos dejamos guiar por el Espíritu más que por nuestros razonamientos, podemos y debemos buscar al Señor en toda vida humana. Esto es parte del misterio que las mentalidades gnósticas terminan rechazando, porque no lo pueden controlar.

*Los límites de la razón*

43. Nosotros llegamos a comprender muy pobremente la verdad que recibimos del Señor. Con mayor dificultad todavía logramos expresarla. Por ello no podemos pretender que nuestro modo de entenderla nos autorice a ejercer una supervisión estricta de la vida de los demás. Quiero recordar que en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y de la vida cristiana que, en su variedad, «ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra». Es verdad que «a quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión». Precisamente, algunas corrientes gnósticas despreciaron la sencillez tan concreta del Evangelio e intentaron reemplazar al Dios trinitario y encarnado por una Unidad superior donde desaparecía la rica multiplicidad de nuestra historia.

44. En realidad, la doctrina, o mejor, nuestra comprensión y expresión de ella, «no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos», y «las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan».

45. Con frecuencia se produce una peligrosa confusión: creer que porque sabemos algo o podemos explicarlo con una determinada lógica, ya somos santos, perfectos, mejores que la «masa ignorante» (...) Pero en realidad, eso que creemos saber debería ser siempre una motivación para responder mejor al amor de Dios, porque «se aprende para vivir: teología y santidad son un binomio inseparable».

46. Cuando san Francisco de Asís veía que algunos de sus discípulos enseñaban la doctrina, quiso evitar la tentación del gnosticismo. Entonces escribió esto a san Antonio de Padua: «Me agrada que enseñes sagrada teología a los hermanos con tal que, en el estudio de la misma, no apagues el espíritu de oración y devoción». Él reconocía la tentación de convertir la experiencia cristiana en un conjunto de elucubraciones mentales que terminan alejándonos de la frescura del Evangelio. San Buenaventura, por otra parte, advertía que la verdadera sabiduría cristiana no se debe desconectar de la misericordia hacia el prójimo: «La mayor sabiduría que puede existir consiste en difundir fructuosamente lo que uno tiene para dar, lo que se le ha dado precisamente para que lo dispense. [...] Por eso, así como la misericordia es amiga de la sabiduría, la avaricia es su enemiga». «Hay una actividad que al unirse a la contemplación no la impide, sino que la facilita, como las obras de misericordia y piedad».

### El pelagianismo actual

¿Quién fue **Pelagio**? Sin entrar en mayor detalle, aún a riesgo de simplificar en extremo las cosas, Pelagio fue un monje británico que vivió entre los siglos IV y V de nuestra era, alguien que puso el acento en la voluntad y en las obras como vía de justificación. Esto le habría de enfrentar al gran doctor de la gracia que fue San Agustín. En efecto, el de Hipona lo combatió en cuatro obras en las que insistía en la necesidad de la gracia. Versiones más o menos pelagianas y semipelagianas han existido en la historia de la Iglesia, como también se ha acusado injustamente de esto a quien ha reivindicado, sin negar el papel de la necesidad de la gracia que antecede, acompaña y finaliza la acción, el papel de la voluntad humana y de las obras. De nuevo aquí lo católico es unir sin contraponer voluntad-obras y gracia, es decir, *gracia y voluntad*, insistiendo en el papel precedente de la gracia que acompaña toda la obra desde su inicio a su fin, porque la criatura humana sin Dios no es capaz de nada, como Dios sin la intervención de la criatura, de su voluntad que debe acoger libremente la gracia, tampoco puede. Despreciar la voluntad del hombre y su libertad es despreciar a Dios que lo creó así para poder ser amado por el hombre. De ahí que Dios no ejerza nunca violencia sobre el ser humano sino que le mueva con gran suavidad; dando su gracia a todos, Dios espera que el hombre acoja el don que se le ofrece, de ahí que san Agustín acuñara esa famosa sentencia de un “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti” (*Sermo* 169, 11, 13). Con frecuencia los jesuitas han recibido infundadamente este calificativo de pelagianos por su ascesis y por el papel que juega la voluntad en esta espiritualidad que en nada excluye el valor de la gracia: *dadme vuestro amor y gracia que esta me basta*.

Y ¿quién fue **Jansenio**? Al holandés Cornelio Jansen, Obispo de Ypres (1585-1638), Bélgica, se debe el origen y nombre de Jansenismo. También aquí muy simplemente, el jansenismo representa la tesis opuesta a la de Pelagio, que desde una interpretación literal de san Agustín concluye en la necesidad de la gracia eficaz que tienen los predestinados para no pecar. Pelagiano y jansenista son términos opuestos. Los jesuitas lucharon con firmeza contra esta corriente en Francia donde serían acusados por los jansenistas de pelagianos. También hoy se dan entre nosotros versiones renovadas del

antiguo jansenismo defensoras a ultranza del “todo es gracia”, olvidándose del papel de la voluntad.

Pues bien, **Lutero**, también éste desde una lectura errónea de San Agustín, reaccionó contra las obras quedándose en la *sola gratia*. Para este agustino, el pecado corrompió al hombre no sólo en su razón, como hemos visto en el apartado anterior (de ahí, la *sola fides*) sino también en su voluntad, de modo que le hizo incapaz de obra buena alguna, Dios lo justifica por la fe del hombre. Es una obra exclusiva de la gracia, la sola gracia, que justifica pero que no es capaz de entrar en el hombre para curarlo, elevarlo y hacerle capaz de obras buenas. Salvarse es creer, no se trata de no pecar sino de creer, es decir, peca fuertemente y cree más fuertemente y te salvarás. Te salvarás por la fe y esta es obra de la gracia.

Para la **opción fundamental neokantiana** el orden trascendental y el orden categorial no coinciden. Los actos concretos en lo categorial no tienen la capacidad de alterar la opción fundamental que el creyente hace en el orden trascendental. No hay así actos intrínsecamente malos que puedan llegar a comprometer esa adhesión u opción, en contra de lo que el magisterio de san Juan Pablo II nos enseñó en *Veritatis splendor*.

El **neo pelagianismo social** de las obras sociales, de la acción o justicia social sin Dios, es el de la filantropía que desconoce la caridad. Dentro y fuera de la Iglesia se ha pretendido diluir el cristianismo en mera acción social, donde lo único importante es atender a las necesidades materiales de los hombres. Las obras de misericordia se reducen a las corporales y de lo que se trata es de ser tolerante y atender las demandas de nuestros hermanos los hombres. Es una filantropía, una fraternidad universal, que deja al margen la cuestión de Dios como políticamente incorrecta, que nada dice acerca del pecado (en el mejor de los casos puede hablarse del pecado social o de estructuras de pecado en clave social o marxista pero no de un pecado individual como ofensa deliberada a Dios), del juicio, del cielo, purgatorio o infierno, que destierra del lenguaje la idea de la salvación de las almas y la posibilidad real de condenación.

La **carta de Santiago**, como Palabra de Dios revelada que es, nos dice claramente: “Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta. Y al contrario, alguno podrá decir: “¿Tú tienes fe?; pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe. ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios lo creen y tiemblan. ¿Quieres saber tú, insensato, que la fe sin obras es estéril? Abraham nuestro padre ¿no alcanzó la justificación por las obras cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y, por las obras, la fe alcanzó su perfección? Y alcanzó pleno cumplimiento la Escritura que dice: Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia y fue llamado amigo de Dios”. Ya veis cómo el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente. Del mismo modo Rajab, la prostituta, ¿no quedó justificada por las obras dando hospedaje a los mensajeros y haciéndoles marchar por otro camino? Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2, 17-26).

47. El gnosticismo dio lugar a otra vieja herejía, que también está presente hoy. Con el paso del tiempo, muchos comenzaron a reconocer que no es el conocimiento lo que nos hace mejores o santos, sino la vida que llevamos. El problema es que esto se degeneró sutilmente, de manera que el mismo error de los gnósticos simplemente se transformó, pero no fue superado.

48. Porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que «todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios» (*Rm* 9,16) y que «él nos amó primero» (*1 Jn* 4,19).

*Una voluntad sin humildad*

49. Los que responden a esta mentalidad pelagiana o semipelagiana, aunque hablen de la gracia de Dios con discursos edulcorados «en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico». Cuando algunos de ellos se dirigen a los débiles diciéndoles que todo se puede con la gracia de Dios, en el fondo suelen transmitir la idea de que todo se puede con la voluntad humana, como si ella fuera algo puro, perfecto, omnipotente, a lo que se añade la gracia. Se pretende ignorar que «no todos pueden todo» (S. Buenaventura, *Las seis alas del Serafín* 3, 8: «Non omnes omnia possunt»). Cabe entenderlo en la línea del CIC, 1735), y que en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia (Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.109, a.9, ad 1: «La gracia entraña cierta imperfección, en cuanto no sana perfectamente al hombre»). En cualquier caso, como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas (*La naturaleza y la gracia*, XLIII, 50); o bien a decirle al Señor humildemente: «*Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*» (*Confesiones* X, 29, 40).

**¿Dios puede pedir cosas imposibles? ¿Los mandamientos de Dios son imposibles de observar? ¿Pueden cumplirlos todos o sólo unos? Gracia y ley.**

*No todos pueden todo*, San Buenaventura, *Las seis alas del Serafín* 3, 8: «Non omnes omnia possunt». Esta es una expresión referida a la relación de los superiores con los súbditos a fin de no exasperarlos, pues no todos pueden todo, pero nada tiene que ver con la imputabilidad o la responsabilidad de la acción; antes San Buenaventura se había manifestado en contra de las transgresiones de los mandamientos de Dios.

*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1735: “La *imputabilidad* y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas a causa de la ignorancia, la inadvertencia, la violencia, el temor, los hábitos, los afectos desordenados y otros factores psíquicos o sociales”.

Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.109, a.9, ad 1: «La gracia entraña cierta imperfección, en cuanto no sana perfectamente al hombre». Pues bien, está claro que la gracia no sana al hombre completamente como bien nos dice santo Tomás aquí; ahora bien, en este punto el Aquinate está diciendo que la gracia actual es necesaria para quien tiene la gracia santificante, pues la carne sigue siendo débil en el hombre. Pero de aquí no se puede deducir que el hombre se pueda encontrar en situaciones en la que, con la ayuda de la gracia, le fuera imposible observar los preceptos divinos.

... *Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas*, San Agustín, *La naturaleza y la gracia*, XLIII, 50. El texto de san Agustín dice: “No manda, pues, Dios cosas imposibles; pero al imponer un precepto te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes. Veamos, pues, por qué puede o no puede. Pelagio

dice: “No es obra de la voluntad lo que pertenece a la misma potencia natural del hombre. Yo digo: Ciertamente, no es fruto de la voluntad la justicia del hombre si ella procede de su condición natural, más con la medicina de la gracia podrá conseguir lo que no puede por causa del vicio”. San Agustín concluye entonces que la gracia es la que hace posible lo que la naturaleza no consigue hacer. En este sentido, el Concilio de Trento, citando esta afirmación de san Agustín, dice en el capítulo II del Decreto sobre la justificación: “Nadie, empero, por más que esté justificado, debe considerarse libre de la observancia de los mandamientos [*can. 20*]; nadie debe usar de aquella voz temeraria y por los Padres prohibida bajo anatema, que los mandamientos de Dios son imposibles de guardar para el hombre justificado [*can. 18 y 22*]: “Porque Dios no manda cosas imposibles, sino que al mandar avisa que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas y ayuda para que puedas; “sus mandamientos no son pesados” [1 Jn 5, 3], “su yugo es suave y su carga ligera” [Mt 11, 30]. Porque los que son hijos de Dios aman a Cristo y los que le aman, como Él mismo atestigua, guardan sus palabras [cf. Jn 14, 23]; cosa que, con el auxilio divino, pueden ciertamente hacer”. Entonces queda claro que Dios sale en nuestro auxilio y los mandamientos no son imposibles de observar con su gracia.

En este mismo sentido, dice san Juan Pablo II en *Veritatis splendor*, nn. 104 y 105, algo que nos ayudará a comprender este punto: “En este contexto se abre el justo espacio a la *misericordia de Dios* por el pecador que se convierte, y a la *comprensión por la debilidad humana*. Esta comprensión jamás significa comprometer y falsificar la medida del bien y del mal para adaptarla a las circunstancias. Mientras es humano que el hombre, habiendo pecado, reconozca su debilidad y pida misericordia por las propias culpas, en cambio es inaceptable la actitud de quien hace de su propia debilidad el criterio de la verdad sobre el bien, de manera que se puede sentir justificado por sí mismo, incluso sin necesidad de recurrir a Dios y a su misericordia. Semejante actitud corrompe la moralidad de la sociedad entera, porque enseña a dudar de la objetividad de la ley moral en general y a rechazar las prohibiciones morales absolutas sobre determinados actos humanos, y termina por confundir todos los juicios de valor. En cambio, debemos recoger el *mensaje contenido en la parábola evangélica del fariseo y el publicano* (cf. Lc 18, 9-14). El publicano quizás podía tener alguna justificación por los pecados cometidos, que disminuyera su responsabilidad. Pero su petición no se limita solamente a estas justificaciones, sino que se extiende también a su propia indignidad ante la santidad infinita de Dios: «¡Oh Dios! Ten compasión de mí, que soy pecador» (Lc 18, 13). En cambio, el fariseo se justifica él solo, encontrando quizás una excusa para cada una de sus faltas. Nos encontramos, pues, ante dos actitudes diferentes de la conciencia moral del hombre de todos los tiempos. El publicano nos presenta una conciencia *penitente* que es plenamente consciente de la fragilidad de la propia naturaleza y que ve en las propias faltas, cualesquiera que sean las justificaciones subjetivas, una confirmación del propio ser necesitado de redención. El fariseo nos presenta una conciencia *satisfecha de sí misma*, que cree que puede observar la ley sin la ayuda de la gracia y está convencida de no necesitar la misericordia” (VS 104). “Se pide a todos gran vigilancia para no dejarse contagiar por la actitud farisaica, que pretende eliminar la conciencia del propio límite y del propio pecado, y que hoy se manifiesta particularmente con el intento de adaptar la norma moral a las propias capacidades y a los propios intereses, e incluso con el rechazo del concepto mismo de norma. Al contrario, aceptar la *desproporción* entre ley y capacidad humana, o sea, la capacidad de las solas fuerzas morales del hombre dejado a sí mismo, suscita el deseo de la gracia y predispone a recibirla. «¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?», se pregunta san Pablo. Y con una confesión gozosa y agradecida responde:

«¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» (*Rm* 7, 24-25). Encontramos la misma conciencia en esta oración de san Ambrosio de Milán: «Nada vale el hombre, si tú no lo visitas. No olvides a quien es débil; acuérdate, oh Señor, que me has hecho débil, que me has plasmado del polvo. ¿Cómo podré sostenerme si tú no me miras sin cesar para fortalecer esta arcilla, de modo que mi consistencia proceda de tu rostro? *Si escondes tu rostro, todo perece* (*Sal* 103, 29): si tú me miras, ¡pobre de mí! En mí no verás más que contaminaciones de delitos; no es ventajoso ser abandonados ni ser vistos, porque, en el acto de ser vistos, somos motivo de disgusto. Sin embargo, podemos pensar que Dios no rechaza a quienes ve, porque purifica a quienes mira. Ante él arde un fuego que quema la culpa (cf. *Jl* 2, 3)” (VS 105).

*Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*, San Agustín, *Confesiones* X, 29, 40: “Toda mi confianza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras. Nos mandas que seamos continentes. Y como yo supiese –dice uno- que ninguno puede ser continente si Dios no se lo da, entendí que también esto mismo era parte de la sabiduría, conocer de quién es este don. Por la continencia, en efecto, somos juntados y reducidos a la unidad, de la que nos habíamos apartado, derramándonos en muchas cosas. Porque menos te ama quien ama algo contigo y no lo ama por ti. ¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingues! Caridad, Dios mío, enciéndeme. ¿Mandas la continencia? Da lo que mandas y manda lo que quieras”.

50. En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos. En este caso, detrás de la ortodoxia, nuestras actitudes pueden no corresponder a lo que afirmamos sobre la necesidad de la gracia, y en los hechos terminamos confiando poco en ella. Porque si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don. La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva. Por ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras.

51. Cuando Dios se dirige a Abraham le dice: «Yo soy Dios todopoderoso, camina en mi presencia y sé perfecto» (*Gn* 17, 1). Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas. Hay que perderle el miedo a esa presencia que solamente puede hacernos bien. Es el Padre que nos dio la vida y nos ama tanto. Una vez que lo aceptamos y dejamos de pensar nuestra existencia sin él, desaparece la angustia de la soledad (cf. *Sal* 139, 7). Y si ya no ponemos distancias frente a Dios y vivimos en su presencia, podremos permitirle que examine nuestro corazón para ver si va por el camino correcto (cf. *Sal* 139, 23-24). Así conoceremos la voluntad agradable y perfecta del Señor (cf. *Rm* 12, 1-2) y dejaremos que él nos moldee como un alfarero (cf. *Is* 29, 16). Hemos dicho tantas veces que Dios habita en nosotros, pero es mejor decir que nosotros habitamos en él, que él nos permite vivir en su luz y en su amor. Él es nuestro templo: lo que busco es habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida (cf. *Sal* 27, 4). «Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa» (*Sal* 84, 11). En él somos santificados.

*Una enseñanza de la Iglesia muchas veces olvidada*

52. La Iglesia enseñó reiteradas veces que no somos justificados por nuestras obras o por nuestros esfuerzos, sino por la gracia del Señor que toma la iniciativa. Los Padres de la Iglesia, aun antes de san Agustín, expresaban con claridad esta convicción primaria. San Juan Crisóstomo decía que Dios derrama en nosotros la fuente misma de todos los dones antes de que nosotros hayamos entrado en el combate (*Homilías sobre la carta a los Romanos*, IX, 11). San Basilio Magno remarcaba que el fiel se gloría solo en Dios, porque «reconoce estar privado de la verdadera justicia y que es justificado únicamente mediante la fe en Cristo» (*Homilía sobre la humildad: PG 31, 530*).

53. El II Sínodo de Orange enseñó con firme autoridad que nada humano puede exigir, merecer o comprar el don de la gracia divina, y que todo lo que pueda cooperar con ella es previamente don de la misma gracia: «Aun el querer ser limpios se hace en nosotros por infusión y operación sobre nosotros del Espíritu Santo» (Canon 4). Posteriormente, aun cuando el Concilio de Trento destacó la importancia de nuestra cooperación para el crecimiento espiritual, reafirmó aquella enseñanza dogmática: «Se dice que somos justificados gratuitamente, porque nada de lo que precede a la justificación, sea la fe, sean las obras, merece la gracia misma de la justificación; “porque si es gracia, ya no es por las obras; de otro modo la gracia ya no sería gracia” (*Rm 11,6*)» (Decreto sobre la justificación, Cap. VIII).

54. El Catecismo de la Iglesia Católica también nos recuerda que el don de la gracia «sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana» (n. 1998), y que «frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito alguno de parte del hombre. Entre él y nosotros la desigualdad no tiene medida» (n. 2007). Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros con nuestras obras y solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor. Esto nos invita a vivir con una gozosa gratitud por ese regalo que nunca mereceremos, puesto que «después que uno ya posee la gracia, no puede la gracia ya recibida caer bajo mérito» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.114, a.5). Los santos evitan depositar la confianza en sus acciones: «En el atardecer de esta vida me presentaré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos» (Sta. Teresa de Lisieux, “Acto de ofrenda al Amor misericordioso” (*Oraciones*, 6)).

55. Esta es una de las grandes convicciones definitivamente adquiridas por la Iglesia, y está tan claramente expresada en la Palabra de Dios que queda fuera de toda discusión. Así como el supremo mandamiento del amor, esta verdad debería marcar nuestro estilo de vida, porque bebe del corazón del Evangelio y nos convoca no solo a aceptarla con la mente, sino a convertirla en un gozo contagioso. Pero no podremos celebrar con gratitud el regalo gratuito de la amistad con el Señor si no reconocemos que aun nuestra existencia terrena y nuestras capacidades naturales son un regalo.

56. Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más. Lo primero es pertenecer a Dios. Se trata de ofrecernos a él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como

sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (*Rm* 12,1). Por otra parte, la Iglesia siempre enseñó que sólo la caridad hace posible el crecimiento en la vida de la gracia, porque si no tengo caridad, no soy nada (cf. *1 Co* 13,2).

#### *Los nuevos pelagianos*

57. Todavía hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. En esto algunos cristianos gastan sus energías y su tiempo, en lugar de dejarse llevar por el Espíritu en el camino del amor, de apasionarse por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio y de buscar a los perdidos en esas inmensas multitudes sedientas de Cristo.

58. Muchas veces, en contra del impulso del Espíritu, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Esto ocurre cuando algunos grupos cristianos dan excesiva importancia al cumplimiento de determinadas normas propias, costumbres o estilos. De esa manera, se suele reducir y encorsetar el Evangelio, quitándole su sencillez cautivante y su sal. Es quizás una forma sutil de pelagianismo, porque parece someter la vida de la gracia a unas estructuras humanas. Esto afecta a grupos, movimientos y comunidades, y es lo que explica por qué tantas veces comienzan con una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos.

59. Sin darnos cuenta, por pensar que todo depende del esfuerzo humano encauzado por normas y estructuras eclesiales, complicamos el Evangelio y nos volvemos esclavos de un esquema que deja pocos resquicios para que la gracia actúe. Santo Tomás de Aquino nos recordaba que los preceptos añadidos al Evangelio por la Iglesia deben exigirse con moderación «para no hacer pesada la vida a los fieles», porque así «se convertiría nuestra religión en una esclavitud» (*Summa Theologiae* I-II, q.107, a.4).

#### *El resumen de la Ley*

60. En orden a evitarlo, es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad. San Pablo dice que lo que cuenta de verdad es «la fe que actúa por el amor» (*Ga* 5,6). Estamos llamados a cuidar atentamente la caridad: «El que ama ha cumplido el resto de la ley [...] por eso la plenitud de la ley es el amor» (*Rm* 13,8.10). «Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Ga* 5,14).

61. Dicho con otras palabras: en medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. En



efecto, el Señor, al final de los tiempos, plasmará su obra de arte con el desecho de esta humanidad vulnerable.

### 3. A la luz del Maestro

63. ... Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. *Mt* 5,3-12; *Lc* 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.

64. La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha.

#### A contracorriente

65. Aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo van muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida. Las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que sólo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo.

*«Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*

68. Las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida. Así se priva de los mayores bienes. Por eso Jesús llama felices a los pobres de espíritu, que tienen el corazón pobre, donde puede entrar el Señor con su constante novedad.

69. Esta pobreza de espíritu está muy relacionada con aquella «santa indiferencia» que proponía san Ignacio de Loyola, en la cual alcanzamos una hermosa libertad interior: «Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas...» (EE n. 23)

70. Lucas no habla de una pobreza «de espíritu» sino de ser «pobres» a secas (cf. *Lc* 6,20), y así nos invita también a una existencia austera y despojada. De ese modo, nos convoca a compartir la vida de los más necesitados, la vida que llevaron los Apóstoles, y en definitiva a configurarnos con Jesús, que «siendo rico se hizo pobre» (2 *Co* 8,9).

*«Felices los mansos, porque heredarán la tierra»*

72. Él dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (*Mt* 11,29). Si vivimos tensos, engréidos ante los demás, terminamos cansados y agotados. Pero cuando miramos sus límites y defectos con ternura y mansedumbre, sin sentirnos más que ellos, podemos darles una mano y evitamos desgastar energías en lamentos inútiles. Para santa Teresa de Lisieux «la

caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades» (*Manuscrito C*, 12r).

73. Pablo menciona la mansedumbre como un fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,23). Propone que, si alguna vez nos preocupan las malas acciones del hermano, nos acerquemos a corregirle, pero «con espíritu de mansedumbre» (*Ga* 6,1), y recuerda: «Piensa que también tú puedes ser tentado» (*ibíd.*). Aun cuando uno defienda su fe y sus convicciones debe hacerlo con mansedumbre (cf. *1 P* 3,16), y hasta los adversarios deben ser tratados con mansedumbre (cf. *2 Tm* 2,25).

74. La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. De hecho, en la Biblia suele usarse la misma palabra *anawin* para referirse a los pobres y a los mansos (...) Porque los mansos, más allá de lo que digan las circunstancias, esperan en el Señor, y los que esperan en el Señor poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz (*Sal* 37,9.11). Al mismo tiempo, el Señor confía en ellos: «En ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras» (*Is* 66,2).

*«Felices los que lloran, porque ellos serán consolados»*

75. El mundo nos propone lo contrario: el entretenimiento, el disfrute, la distracción, la diversión, y nos dice que eso es lo que hace buena la vida. El mundano ignora, mira hacia otra parte cuando hay problemas de enfermedad o de dolor en la familia o a su alrededor. El mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas, esconderlas. Se gastan muchas energías por escapar de las circunstancias donde se hace presente el sufrimiento, creyendo que es posible disimular la realidad, donde nunca, nunca, puede faltar la cruz.

76. La persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón, es capaz de tocar las profundidades de la vida y de ser auténticamente feliz. Esa persona es consolada, pero con el consuelo de Jesús y no con el del mundo. Así puede atreverse a compartir el sufrimiento ajeno y deja de huir de las situaciones dolorosas. De ese modo encuentra que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Esa persona siente que el otro es carne de su carne, no teme acercarse hasta tocar su herida, se compadece hasta experimentar que las distancias se borran. Así es posible acoger aquella exhortación de san Pablo: «Llorad con los que lloran» (*Rm* 12,15).

*«Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados»*

78. Pero la justicia que propone Jesús no es como la que busca el mundo, tantas veces manchada por intereses mezquinos, manipulada para un lado o para otro...

79. Tal justicia empieza por hacerse realidad en la vida de cada uno siendo justo en las propias decisiones, y luego se expresa buscando la justicia para los pobres y débiles. Es cierto que la palabra «justicia» puede ser sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios con toda nuestra vida, pero si le damos un sentido muy general olvidamos que se manifiesta especialmente en la justicia con los desamparados: «Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda» (*Is* 1,17).

*«Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»*

80. La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir a los otros, y también perdonar, comprender. Mateo lo resume en una regla de oro: «Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella» (7, 12). El Catecismo nos recuerda que esta ley se debe aplicar «en todos los casos» (CIC n. 1789), de manera especial cuando alguien «se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil» (CIC, n. 1787).

*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1789: “En todos los casos son aplicables algunas reglas: Nunca está permitido hacer el mal para obtener un bien; La “regla de oro”: “Todo [...] cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros” (*Mt* 7,12; cf. *Lc* 6, 31; *Tb* 4, 15); La caridad debe actuar siempre con respeto hacia el prójimo y hacia su conciencia: “Pecando así contra vuestros hermanos, hiriendo su conciencia..., pecáis contra Cristo” (*I Co* 8,12). “Lo bueno es [...] no hacer cosa que sea para tu hermano ocasión de caída, tropiezo o debilidad” (*Rm* 14, 21).

*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1787: “El hombre se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil. Pero debe buscar siempre lo que es justo y bueno y discernir la voluntad de Dios expresada en la ley divina”.

81. Dar y perdonar es intentar reproducir en nuestras vidas un pequeño reflejo de la perfección de Dios, que da y perdona sobreabundantemente. Por tal razón, en el evangelio de Lucas ya no escuchamos el «sed perfectos» (*Mt* 5,48) sino «sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará» (6,36-38). Y luego Lucas agrega algo que no deberíamos ignorar: «Con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros» (6, 38). La medida que usemos para comprender y perdonar se aplicará a nosotros para perdonarnos. La medida que apliquemos para dar, se nos aplicará en el cielo para recompensarnos. No nos conviene olvidarlo.

82. Jesús no dice: «Felices los que planean venganza», sino que llama felices a aquellos que perdonan y lo hacen «setenta veces siete» (*Mt* 18, 22). Es necesario pensar que todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido mirados con compasión divina. Si nos acercamos sinceramente al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: «¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?» (*Mt* 18, 33).

*«Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios»*

83. Esta bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad, porque un corazón que sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo. En la Biblia, el corazón son nuestras intenciones verdaderas, lo que realmente buscamos y deseamos, más allá de lo que aparentamos: «El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón» (*I S* 16, 7). Él busca hablarnos en el corazón (*Os* 2, 16) y allí desea escribir su Ley (*Jr* 31, 33). En definitiva, quiere darnos un corazón nuevo (cf. *Ez* 36, 26).

85. Es cierto que no hay amor sin obras de amor, pero esta bienaventuranza nos recuerda que el Señor espera una entrega al hermano que brote del corazón, ya que «si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Co 13, 3). En el evangelio de Mateo vemos también que lo que viene de dentro del corazón es lo que contamina al hombre (15, 18), porque de allí proceden los asesinatos, el robo, los falsos testimonios, y demás cosas (15, 19). En las intenciones del corazón se originan los deseos y las decisiones más profundas que realmente nos mueven.

*«Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios»*

87. Esta bienaventuranza nos hace pensar en las numerosas situaciones de guerra que se repiten. Para nosotros es muy común ser agentes de enfrentamientos o al menos de malentendidos. Por ejemplo, cuando escucho algo de alguien y voy a otro y se lo digo; e incluso hago una segunda versión un poco más amplia y la difundo. Y si logro hacer más daño, parece que me provoca mayor satisfacción. El mundo de las habladorías, hecho por gente que se dedica a criticar y a destruir, no construye la paz. Esa gente más bien es enemiga de la paz y de ningún modo bienaventurada.

88. Los pacíficos son fuente de paz, construyen paz y amistad social...

89. No es fácil construir esta paz evangélica que no excluye a nadie sino que integra también a los que son algo extraños, a las personas difíciles y complicadas, a los que reclaman atención, a los que son diferentes, a quienes están muy golpeados por la vida, a los que tienen otros intereses...

*«Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»*

90. Jesús mismo remarca que este camino va a contracorriente hasta el punto de convertirnos en seres que cuestionan a la sociedad con su vida, personas que molestan. Jesús recuerda cuánta gente es perseguida y ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia, por haber vivido sus compromisos con Dios y con los demás. Si no queremos sumergirnos en una oscura mediocridad no pretendamos una vida cómoda, porque «quien quiera salvar su vida la perderá» (Mt 16, 25).

92. La cruz, sobre todo los cansancios y los dolores que soportamos por vivir el mandamiento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y de santificación. Recordemos que cuando el Nuevo Testamento habla de los sufrimientos que hay que soportar por el Evangelio, se refiere precisamente a las persecuciones (cf. Hch 5, 41; Flp 1, 29; Col 1, 24; 2 Tm 1, 12; 1 P 2, 20; 4, 14-16; Ap 2, 10).

94. Las persecuciones no son una realidad del pasado, porque hoy también las sufrimos, sea de manera cruenta, como tantos mártires contemporáneos, o de un modo más sutil, a través de calumnias y falsedades. Jesús dice que habrá felicidad cuando «os calumnien de cualquier modo por mi causa» (Mt 5, 11). Otras veces se trata de burlas que intentan desfigurar nuestra fe y hacernos pasar como seres ridículos.

## El gran protocolo

95. En el capítulo 25 del evangelio de Mateo (31-46), Jesús vuelve a detenerse en una de estas bienaventuranzas, la que declara felices a los misericordiosos. Si buscamos esa santidad que agrada a los ojos de Dios, en este texto hallamos precisamente un protocolo sobre el cual seremos juzgados: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (35-36).

### *Por fidelidad al Maestro*

96. Por lo tanto, ser santos no significa blanquear los ojos en un supuesto éxtasis. Decía san Juan Pablo II que «si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse» (*Novo millennio ineunte*, n. 49). El texto de *Mateo* 25, 35-36 «no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo» (*Ibid.*). En esta llamada a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse.

98. Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una criatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. ¡Eso es ser cristianos! ¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?

### *Las ideologías que mutilan el corazón del Evangelio*

100. Lamento que a veces las ideologías nos lleven a dos errores nocivos. Por una parte, el de los cristianos que separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor, de la unión interior con él, de la gracia. Así se convierte al cristianismo en una especie de ONG, quitándole esa mística luminosa que tan bien vivieron y manifestaron san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl, santa Teresa de Calcuta y otros muchos. A estos grandes santos ni la oración, ni el amor de Dios, ni la lectura del Evangelio les disminuyeron la pasión o la eficacia de su entrega al prójimo, sino todo lo contrario.

101. También es nocivo e ideológico el error de quienes viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista. O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes...

### *El culto que más le agrada*

104. Podríamos pensar que damos gloria a Dios sólo con el culto y la oración, o únicamente cumpliendo algunas normas éticas –es verdad que la primacía es la relación

con Dios-, y olvidamos que el criterio para evaluar nuestra vida es ante todo lo que hicimos con los demás. La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos.

105. Por la misma razón, el mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia...

106. No puedo dejar de recordar aquella pregunta que se hacía santo Tomás de Aquino cuando se planteaba cuáles son nuestras acciones más grandes, cuáles son las obras externas que mejor manifiestan nuestro amor a Dios. Él respondió sin dudar que son las obras de misericordia con el prójimo (*Summa Theologiae* II-II, q.30, a.4), más que los actos de culto: «No adoramos a Dios con sacrificios y dones exteriores por él mismo, sino por nosotros y por el prójimo. Él no necesita nuestros sacrificios, pero quiere que se los ofrezcamos por nuestra devoción y para la utilidad del prójimo. Por eso, la misericordia, que socorre los defectos ajenos, es el sacrificio que más le agrada, ya que causa más de cerca la utilidad del prójimo» (*Ibid.*, ad 1).

#### **Misericordia, Caridad y Religión. Amor a Dios y amor al prójimo**

Para Santo Tomás, la misericordia es la más grande de todas las virtudes que atañen al prójimo, pero la más grande virtud es la caridad porque es la que nos une a Dios. Y por eso Santo Tomás dirá que la virtud de la religión (para el Aquinate religión y santidad son la misma cosa, S.Th. II-II, q. 81, a 8, sed contra [está lo que leemos en Lc 1,74-75: *Sirvámosle en santidad y justicia*. Pero servir a Dios pertenece a la religión, como antes dijimos. Luego religión y santidad son la misma cosa], pues en ambos casos es la aplicación que el hombre hace de su mente y de sus actos a Dios: en la religión a través de los actos que se refieren al servicio de Dios y en la santidad por medio de los actos de las otras virtudes que el hombre refiere a Dios, entre ellos, claro está, las obras de misericordia) es superior a todas las otras virtudes morales (S.Th. II-II q. 81, a.6: “Que los medios toman de su orden al fin lo que tienen de bondad, y por eso son tanto mejores cuanto mayor es su proximidad al fin. Ahora bien: las virtudes morales, como antes se dijo, versan sobre los medios que se ordenan a Dios como fin; y entre ellas la religión es la más próxima a Dios, en cuanto que realiza lo que directa e inmediatamente se ordena al honor divino. Por tanto, la religión sobresale entre las otras virtudes morales.”) pues acerca a Dios más estrechamente que el resto de las virtudes, al cumplir actos que, directa o indirectamente, se ordenan al amor de Dios. Entre estos actos, dirá el Catecismo de la Iglesia Católica en sus nn. 2095 y ss, figuran la adoración, la oración, el sacrificio, las promesas y los votos.

El amor a Dios precede el amor al hermano y el amor al hermano es la prueba del amor a Dios. En efecto, si nadie da lo que no tiene, el amor a Dios precede, es su fuente. Se preguntaba san Francisco de Asís, cómo se iban a amar los hombres si no amaban el Amor. Por eso Dios nos amó primero (1 Jn 4, 19). Un amor a Dios que pasa por el cumplimiento de su voluntad: “...en esto consiste el amor de Dios: en que guardamos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados” (1 Jn 5, 2-3). Así es cómo el hombre podrá amar al hermano y en ello probará que su amor a Dios es verdadero (1 Jn 4, 20-21: “Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y

hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano”).

Recordemos aquí un par de ejemplos. El Señor puso al amor a Dios por delante de la asistencia a los pobres en Jn 12, 4-8: “Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?». Pero no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Jesús dijo: «Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre tendréis». Y el Señor corrigió a Marta en su activismo, elogiando la actitud orante y contemplativa de María: “Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude». Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada»” (Lc 10, 38-42).

107. Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia. Es lo que había comprendido muy bien santa Teresa de Calcuta: «Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás».

108. El consumismo hedonista puede jugarnos una mala pasada, porque en la obsesión por pasarlo bien terminamos excesivamente concentrados en nosotros mismos, en nuestros derechos y en esa desesperación por tener tiempo libre para disfrutar. Será difícil que nos ocupemos y dediquemos energías a dar una mano a los que están mal si no cultivamos una cierta austeridad, si no luchamos contra esa fiebre que nos impone la sociedad de consumo para vendernos cosas, y que termina convirtiéndonos en pobres insatisfechos que quieren tenerlo todo y probarlo todo. También el consumo de información superficial y las formas de comunicación rápida y virtual pueden ser un factor de atontamiento que se lleva todo nuestro tiempo y nos aleja de la carne sufriente de los hermanos. En medio de esta vorágine actual, el Evangelio vuelve a resonar para ofrecernos una vida diferente, más sana y más feliz.

#### **4. En el mundo actual**

110. Dentro del gran marco de la santidad que nos proponen las bienaventuranzas y *Mateo* 25, 31-46, quisiera recoger algunas notas o expresiones espirituales que, a mi juicio, no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama...

111. Estas notas que quiero destacar no son todas las que pueden conformar un modelo de santidad, pero son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de

hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual.

### **Aguante, paciencia y mansedumbre**

112. La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (*Rm* 8, 31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo...

113. San Pablo invitaba a los romanos a no devolver «a nadie mal por mal» (*Rm* 12, 17), a no querer hacerse justicia «por vuestra cuenta» (v. 19), y a no dejarse vencer por el mal, sino a vencer «al mal con el bien» (v. 21). Esta actitud no es expresión de debilidad sino de la verdadera fuerza, porque el mismo Dios «es lento para la ira pero grande en poder» (*Na* 1,3). La Palabra de Dios nos reclama: «Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad» (*Ef* 4, 31).

116. La firmeza interior que es obra de la gracia, nos preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social, porque la gracia aplaca la vanidad y hace posible la mansedumbre del corazón. El santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás, sino que los considera como superiores a uno mismo (cf. *Flp* 2, 3).

118. La humildad solamente puede arraigarse en el corazón a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad. Si tú no eres capaz de soportar y ofrecer algunas humillaciones no eres humilde y no estás en el camino de la santidad. La santidad que Dios regala a su Iglesia viene a través de la humillación de su Hijo, ése es el camino. La humillación te lleva a asemejarte a Jesús, es parte ineludible de la imitación de Jesucristo: «Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas» (*1 P* 2, 21). Él a su vez expresa la humildad del Padre, que se humilla para caminar con su pueblo, que soporta sus infidelidades y murmuraciones (cf. *Ex* 34, 6-9; *Sb* 11, 23- 12, 2; *Lc* 6, 36). Por esta razón los Apóstoles, después de la humillación, «salieron del Sanedrín dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús» (*Hch* 5, 41).

### **Alegría y sentido del humor**

122. Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es «gozo en el Espíritu Santo» (*Rm* 14, 17), porque «al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [...] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q.70, a.3). Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos «en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo» (*1Ts* 1, 6). Si dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces



podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (*Flp* 4, 4).

124. María, que supo descubrir la novedad que Jesús traía, cantaba: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (*Lc* 1, 47) y el mismo Jesús «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (*Lc* 10, 21). Cuando él pasaba, «toda la gente se alegraba» (*Lc* 13, 17). Después de su resurrección, donde llegaban los discípulos había una gran alegría (cf. *Hch* 8, 8). A nosotros, Jesús nos da una seguridad: «Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. [...] Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (*Jn* 16, 20.22). «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (*Jn* 15, 11).

126. Ordinariamente la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor, tan destacado, por ejemplo, en santo Tomás Moro, en san Vicente de Paúl o en san Felipe Neri. El mal humor no es un signo de santidad: «Aparta de tu corazón la tristeza» (*Qo* 11, 10). Es tanto lo que recibimos del Señor, «para que lo disfrutemos» (*1 Tm* 6, 17), que a veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios.

### **Audacia y fervor**

129. Al mismo tiempo, la santidad es *parresía*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (*Mc* 6, 50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (*Mt* 28, 20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía*, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. *Hch* 4, 29; 9, 28; 28, 31; *2Co* 3, 12; *Ef* 3, 12; *Hb* 3, 6; 10, 19).

132. La *parresía* es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio. Es feliz seguridad que nos lleva a gloriarnos del Evangelio que anunciamos, es confianza inquebrantable en la fidelidad del Testigo fiel, que nos da la seguridad de que nada «podrá separarnos del amor de Dios» (*Rm* 8, 39).

### **En comunidad**

140. Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos.

141. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas. En varias ocasiones la Iglesia ha canonizado a comunidades enteras que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros. Pensemos, por ejemplo, en los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María, en las siete beatas religiosas del primer monasterio de la Visitación de Madrid, en san Pablo Miki y compañeros mártires en Japón, en san Andrés Kim Taegon

y compañeros mártires en Corea, en san Roque González, san Alfonso Rodríguez y compañeros mártires en Sudamérica. También recordemos el reciente testimonio de los monjes trapenses de Tibhirine (Argelia), que se prepararon juntos para el martirio. Del mismo modo, hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual. San Juan de la Cruz decía a un discípulo: estás viviendo con otros «para que te labren y ejerciten» (*Cautelas*, 15).

142. La comunidad está llamada a crear ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado» (*Vita consecrata*, 42). Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera...

144. Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles. El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta. El pequeño detalle de que faltaba una oveja. El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas. El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora. El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían. El pequeño detalle de tener un fuego preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada.

145. La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre...

### **En oración constante**

147. Finalmente, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.

148. San Juan de la Cruz recomendaba «procurar andar siempre en la presencia de Dios, sea real, imaginaria o unitiva, de acuerdo con lo que le permitan las obras que esté haciendo» (*Grados de perfección*, 2)...

149. No obstante, para que esto sea posible, también son necesarios algunos momentos solo para Dios, en soledad con él.

152. Pero ruego que no entendamos el silencio orante como una evasión que niega el mundo que nos rodea. El «peregrino ruso», que caminaba en oración continua, cuenta que esa oración no lo separaba de la realidad externa: «Cuando me encontraba con la gente, me parecía que eran todos tan amables como si fueran mi propia familia. [...] Y la felicidad no solamente iluminaba el interior de mi alma, sino que el mundo exterior me aparecía bajo un aspecto maravilloso».

153. Tampoco la historia desaparece. La oración, precisamente porque se alimenta del don de Dios que se derrama en nuestra vida, debería ser siempre memoriosa. La memoria de las acciones de Dios está en la base de la experiencia de la alianza entre Dios y su pueblo. Si Dios ha querido entrar en la historia, la oración está tejida de recuerdos. No solo del recuerdo de la Palabra revelada, sino también de la propia vida, de la vida de los demás, de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia. Es la memoria agradecida de la que también habla san Ignacio de Loyola en su «Contemplación para alcanzar amor», cuando nos pide que traigamos a la memoria todos los beneficios que hemos recibido del Señor...

154. La súplica es expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que solo no puede. En la vida del pueblo fiel de Dios encontramos mucha súplica llena de ternura creyente y de profunda confianza. No quitemos valor a la oración de petición, que tantas veces nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza. La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo...

156. La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (cf. *Sal* 119,103) y «espada de doble filo» (*Hb* 4,12), nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (cf. *Sal* 119,105)...

157. El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva. Allí, el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede darle esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora.

## 5. Combate, vigilancia y discernimiento

158. La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

### El combate y la vigilancia

159. No se trata sólo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo» (*Lc* 10,18).

### *Algo más que un mito*

160. No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros, es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva...

161. Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque «como león rugiente, ronda buscando a quien devorar» (1 P 5, 8).

#### *Despiertos y confiados*

162. La Palabra de Dios nos invita claramente a «afrentar las asechanzas del diablo» (Ef 6, 11) y a detener «las flechas incendiarias del maligno» (Ef 6, 16). ...porque nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad...

163. En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque «el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. [...] El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal».

#### **El discernimiento**

166. ¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento...

#### *Una necesidad imperiosa*

167. Hoy día, el hábito del discernimiento se ha vuelto particularmente necesario. Porque la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas. Todos, pero especialmente los jóvenes, están expuestos a un *zapping* constante (...) Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento.

#### *Siempre a la luz del Señor*

169. El discernimiento no solo es necesario en momentos extraordinarios, o cuando hay que resolver problemas graves, o cuando hay que tomar una decisión crucial. Es un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor. Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer. Muchas veces esto se juega en lo pequeño, en lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se muestra en lo simple y en lo cotidiano (En la tumba de san Ignacio de Loyola se encuentra este sabio epitafio: «Non coarctavi a maximo, contineri tamen a minimo divinum est», es divino no asustarse por las cosas grandes y a la vez estar atento a lo más pequeño). Se trata de no tener límites para lo grande, para lo mejor y más bello, pero al mismo tiempo concentrados en lo pequeño, en la entrega de hoy...

*Un don sobrenatural*

170. ...Recordemos siempre que el discernimiento es una gracia. Aunque incluya la razón y la prudencia, las supera, porque se trata de entrever el misterio del proyecto único e irreplicable que Dios tiene para cada uno y que se realiza en medio de los más variados contextos y límites. No está en juego solo un bienestar temporal, ni la satisfacción de hacer algo útil, ni siquiera el deseo de tener la conciencia tranquila. Está en juego el sentido de mi vida ante el Padre que me conoce y me ama, el verdadero para qué de mi existencia que nadie conoce mejor que él...

*Habla, Señor*

172. ... Solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial o insuficiente, a sus costumbres, a sus esquemas. Así está realmente disponible para acoger una llamada que rompe sus seguridades pero que lo lleva a una vida mejor, porque no basta que todo vaya bien, que todo esté tranquilo. Dios puede estar ofreciendo algo más, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos.

173. Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación...

*La lógica del don y de la cruz*

174. Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros. Él no hace caer fuego sobre los infieles (cf. *Lc* 9, 54), ni permite a los celosos «arrancar la cizaña» que crece junto al trigo (cf. *Mt* 13, 29). También se requiere generosidad, porque «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20, 35) (...) Porque la felicidad es paradójica y nos regala las mejores experiencias cuando aceptamos esa lógica misteriosa que no es de este mundo, como decía san Buenaventura refiriéndose a la cruz: «Esta es nuestra lógica»...

175. Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos.

176. Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de

## Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018)

muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...».

177. ... Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar

### **CUESTIONES**

#### **Generales para todos los equipos**

- (1) Lo grande en lo pequeño. ¿Héroes o pequeños burgueses? Punto 1. La llamada a la santidad.
- (2) ¿Es peligrosa la razón? ¿Y la voluntad? ¿Sola fides y sola gratia? ¿Apartan de Dios la doctrina, el derecho o la liturgia? Punto 2. Los enemigos de la santidad
- (3) El amor a Dios y el amor al prójimo. Punto 3. A la luz del Maestro

#### **Particulares según Congregación**

Fructuosos:

- (4) Alegría y coraje en la pastoral familiar. Punto 4. En el mundo actual
- (5) Tentaciones del diablo en el matrimonio y en la familia. Punto 5. Combate, vigilancia y discernimiento

Canisios:

- (4) Alegría y audacia en el trabajo. Punto 4. En el mundo actual
- (5) Tentaciones del diablo en el mundo del trabajo y en nuestra sociedad. Punto 5. Combate, vigilancia y discernimiento

Berchmans:

- (4) Alegría y audacia en los jóvenes. Punto 4. En el mundo actual
- (5) Tentaciones del diablo en los jóvenes. Punto 5. Combate, vigilancia y discernimiento

### **UN OBJETIVO CONCRETO (INDIVIDUAL Y COMO EQUIPO) PARA ESTE MES**

**Breve examen de conciencia individual sobre el tema: preparación y participación**